

la Convención; Barere habló después, y pretendiendo resolver el conflicto lo más pacíficamente posible, buscó una víctima propiciatoria. Si el ejército del Norte había sufrido reveses Houchard era el culpable. Barere hizo de este pobre diablo un grande y terrible conspirador. «Afortunadamente se le ha destituido. Con el auxilio de las oficinas del ministerio de la Guerra (adulando á Hebert) y con los sanos consejos de Carnot (adulando á los neutros) podremos escoger mejor.» Se nombra á Jourdan.

Prieur, el amigo de Carnot apoya á Barere y cubre su cuerpo con la honradez harto conocida de su nombre.

Saint-André y Billaut hablaron acerca de la necesidad de llevar en secreto todos los planes del gobierno para las grandes operaciones de la guerra.—Billaut dice: «En Inglaterra hemos de exterminar á cien mil hombres. El levantamiento en masa ha producido un millón ochocientos mil hombres armados y dispuestos á derramar la vida por la patria.»—Y Barere añade dejándose arrastrar por el delirio de su fantasía: «¡En la Vendée en menos de veinticuatro horas se han reclutado cuatrocientos mil!» La Asamblea aplaude calurosamente estas exageraciones, y sobre todo la indiscreción de Billaut, que acababa de pedir el decreto para las cuestiones de las guerras declarando por anticipado uno de los proyectos aun lejos de ejecución.

Después de todo lo dicho se había de plantear el fondo de la sesión en la siguiente forma:

¿Debemos guillotinar á Ronsin y Rossignol por haber conducido éstos un ejército á la muerte?

¿Se debe arrojar á un ministro como Bouchotte que hace cinco meses que desempeña el ministerio y aun no ha organizado nada, ni personal ni material, y que de trescientos mil hombres reclutados en Marzo casi no ha enviado nadie á los ejércitos?

Los dantonistas fueron piadosos. No osaron recordar á la Asamblea esta cuestión. Tenían en sus manos un proceso terrible para hundir á sus enemigos. Thuriot continuaba en su proyecto de publicación *de una hoja moral*. Merlin de Thionville no mostró en la Asamblea su intrepidez de los campos de batalla. Si se hubiese batido con el mismo encarnizamiento, Ronsin hubiese salido muerto de la Asamblea.

Que el comité era débil con los hebertistas, con Bouchotte, no hay para qué decirlo, y por lo mismo se imponía una discusión de las razones en que se apoyaba el comité para seguir semejante línea de conducta.

Era necesario concentrar los ataques sobre la traición cometida en la Vendée. Bien lejos de lo que se le acusaba al comité en este asunto, el crimen de Ronsin estaba precisamente en haberse burlado del plan propuesto por el comité y de haber aplastado á Kleber. Si el comité no hubiese tenido miedo á la prensa hebertista, él mismo hubiese denunciado á Ronsin.

Robespierre estuvo sereno y admirable. No defendió á Hebert. Los dejó al descubierto, defendiendo al que hasta entonces había dependido de ellas.



Kleber dirige. (Pág. 230)

Defendió vagamente al comité, repitiendo lo que había dicho Barere; pero después habló con suma independencia: «Si mi condición de miembro del comité me ha de impedir hablar con profunda sinceridad, decir las cosas como las siento, renuncio á mi cargo y me separo de mis

colegas, á quienes quiero y respeto. Quiero decir á mi patria lo que en mi opinión necesita, grandes verdades.» Gran expectación. Y estas grandes verdades eran que «existía un plan para envilecer, para paralizar la Convención.» «Las serpientes del Marais aun no han sido aplastadas.»

En aquel momento no había en la Convención más que doscientos miembros. La Montaña estaba casi ausente y la derecha muy cercenada. El centro lo mismo.

Robespierre no tenía la costumbre de pronunciar bajas injurias, y sin embargo, acababa de acusar á quienes pretendían envilecer á la Convención.

No era Robespierre hombre de audacia. Avanzaba á pasos lentos.

Si en las cosas públicas sus iniciativas durante uno ó dos meses habían sido débiles, judicialmente lo fueron terribles. Ante él como presidente de los Jacobinos habían sido insultados los jueces y jurados del proceso de Custine. La sociedad se constituyó el 15 en tribunal de los girondinos, convirtiéndose en sala de justicia. En semejantes circunstancias el presidente de los Jacobinos podía decir que era el presidente de la República francesa.

El centro enmudeció por el terror. Comenzó á respirar un poco cuando Robespierre de las increpaciones vagas pasó á concretar, amenazando solo á los dantonistas: «Nuestros acusadores serán muy pronto acusados.»

Se respira aun más satisfactoriamente cuando se señala el número: «*Dos ó tres traidores.*» Y más aun cuando cita por sus nombres á Prieur y Duhem, uno culpable de excusar á Custine y el otro un hombre á quien deshonoró la rendición de una plaza.» Estas palabras caían sobre el buen Merlin de Thionville, cuya situación era la misma precisamente que había sido la de aquel á quien Robespierre acusaba directamente.

Todos callaron. Briez declinó el honor de ser nombrado del comité.

La Convención se creyó libre. Robespierre insistió y vió que tenía á sus pies á la Asamblea. Cuantos más golpes le daba más observaba su docilidad: «Falta energía á la Convención. He visto como aplaudía Barere á quienes piden que se nos clave un puñal en el pecho.»

Todos tiemblan: «Si, es cierto —dicen— yo tambien lo he visto.»

Sin embargo, aun no estaba dominada la Asamblea. Robespierre seguía su especialísimo método de discusión. Se aprovechaba de Merlin para golpear á Briez: «Si yo hubiese estado en Valenciennes seguramente no me encontraría aquí para emitir informes: habría muerto. Podrá Briez argumentar como quiera para justificar la derrota tremenda de Valenciennes, pero jamás podrá contestar á esta pregunta: «¿Cómo es que no habéis muerto?»

Finalmente la Asamblea acordó un voto de confianza para el comi-

té. Este voto tenía consecuencias importantísimas que nadie había previsto.

Robespierre y la Asamblea se habían visto de frente y aquella tembló.

Y quien tiene ventajas tan inmensas procura conservarlas. Robespierre supo hacerlo hasta el 9 de Thermidor.

Y más dominada resulta la Convención cuando en cierto modo pierde su autoridad sobre dos importantes organismos: Justicia y Policía.

Quiero decir, que el tribunal revolucionario y el comité de Seguridad general fueron renovados bajo la influencia de Robespierre. En el tribunal colocó á los suyos, hombres incondicionales (Herman d'Arras, Dumas, Coffinhal, Fleuriot, Duplay, Nicolás, Renaudin, Topino-Lebrun, Souberbelle, Vilatte, Payan, etc.) En el comité, con la sagacidad que le era propia admitió una más sabia composición y solo introdujo dos hombres de los suyos, Lebas y David y dos hombres de su país, Lebon y Guffroy, y el resto gente comprometida que era aun mucho más dócil.

Este gran táctico sabía que en revolución el enemigo descubierto obedece aun más que el amigo. El amigo razona, examina y discute. El enemigo tiene miedo siempre á que se le descubran sus deslices y vota sabiendo que si tuerce á derecha ó á izquierda se encuentra con el abismo.

El comité de Salud pública había visto que Robespierre el 25 se había defendido solo, había venido solo y solo se había aprovechado también de los efectos de la victoria. Un solo hombre dominaba la República. Un hombre en tres partes: Robespierre, Couthon y Saint-Just.

Los otros cinco individuos del comité que no desempeñaban misiones encontráronse sin saber que hacer.

El dantonista Herault, los imparciales Barere, Prieur, Carnot, Billaud, el Terror, Collot d'Herbois, las avanzadas hebertistas, todos sea cual fuere su diversidad de opiniones, se unieron contra Robespierre como un solo hombre. Temían extremadamente que Couthon, que entonces marchaba sobre Lion con masas de campesinos armados, diese á los robespierristas la sola gloria que les faltaba: un triunfo militar.

Dubois-Grancé, dantonista aliado á los *enragés* de Lion, había hecho esfuerzos increíbles para salvar todo el Sudoeste y logró conseguirlo.

El fruto de este trabajo inmenso lo recogió Couthon para coronarse y coronar á Robespierre. Los cinco del comité escribieron en tres días tres cartas á Dubois-Grancé para penetrar en Lion antes que Couthon.

Lion resistió haciendo esfuerzos desesperados, y para caer eligió á su vencedor prefiriendo, Couthon, hombre desinteresado, á Dubois-

Grancé, desesperado y rabioso por aquel interminable sitio y que al entrar hubiera podido ejercer terribles represalias.

La fortuna de Robespierre se manifestó con el mismo ascendiente en Lion que en París, y al mismo tiempo el comité sufrió un terrible golpe ante la Convención.

El 3 de Octubre se denuncia á la Convención que el relator del comité de Seguridad, Amar, iba á terminar su informe sobre los girondinos.

Aquella larga diatriba no añade ni un hecho más á los denunciados ya por Saint-Just.

Inmediatamente pide Amar que «se cierren las puertas.» Los setenta y tres fueron arrestados. ¡Pobre rebaño! ¡Cuán pronto iba á ser sacrificado!

De estos setenta y tres, los que han logrado vivir los Damon, los Blanqui, eran sinceramente republicanos y hubieran muerto por la República.

Algunos montañeses pidieron que los setenta y tres fuesen juzgados por los veintidós, pero aquellos encuentran en la Asamblea un defensor inesperado.

Robespierre se levanta y habla en favor suyo. Su asombro llegó al colmo.

«La Convención—dijo Robespierre—no debe de multiplicar los culpables; hay suficiente con los jefes. *Si hay otros el comité de Seguridad general os presentará la lista.* Yo emito mi opinión en presencia del pueblo, sin rebozo, tomándole á éste por juez. ¡Pueblo, á tí no te defenderá nadie más que el que tenga el valor de decirte la verdad!»

Habla Amar de leer las pruebas contra los setenta y tres y contesta Robespierre que esa operación es completamente inútil.

¡Asombrosa clemencia!

La derecha, el centro mismo escuchan con terror aquellas palabras: «*Si hay otros el comité presentará la lista.*»

Desde entonces se vieron suspendidos de un hilo: la humanidad de Robespierre.

¿Creía la Montaña que estos setenta y tres y la temblorosa derecha reservados podían ser un arma manejable en otras circunstancias?

El comité ante la Asamblea procedía insidiosamente. Robespierre era el único hombre que imponía la moderación y el único que entonces fué clemente.

Y no era aquello opinión de un representante cualquiera sin dominio: era la imperiosa clemencia de un hombre que, dueño de los Jacobinos, del comité de Seguridad, del tribunal revolucionario podía acusar, arrestar, juzgar. Era una restauración del derecho de Gracia. Marat la ejerció el día 2 de Junio con tres representantes y Robespierre ahora con setenta y tres.

Jamás había empleado Robespierre estos tiernos procedimientos. ¿Qué nueva potencia se revelaba?

Los mismos robespierristas no comprendían ya á Robespierre. Robespierre por boca de David había defendido el 25 á Ronsin, el más cruel de los hebertistas.

Un robespierrista redactor del *Journal de la Montagne* que atacó á los hebertistas, fué separado de su cargo.

